

21er Domingo Ordinario B/2012

Las lecturas de este domingo nos hablan de la importancia de nuestros compromisos ante Dios y antes nuestros semejantes. Nos invitan también a darnos cuenta de que la confianza y la fidelidad son una llave importante para una relación acertada con Dios y con los demás.

La primera lectura describe lo que se pasaba con el pueblo de Israel después de la muerte de Moisés, cuando Josué asumió la dirección de Israel y los condujo a la Tierra Santa. De hecho, en este tiempo, el pueblo de Israel abandonó la alianza que ellos hicieron con Dios.

Esas circunstancias, Josué los invitó a renovar su alianza con Dios y a servir sólo a Dios. Fue el propio Josué quien les dio un ejemplo de cómo él y su familia habían decidido de servir al Señor que los salvó. El pueblo, por su parte, respondió unánimemente con una promesa solemne a Dios, recordando de todos los grandes signos que Dios había dado a través de su historia.

Lo que este texto nos enseña es que la identidad del pueblo de Dios se ve amenazada constantemente por el ambiente en el que viven. Por lo tanto, el pueblo debe ser prudente y capaz de renovar continuamente su compromiso y fidelidad a Dios. Sin esta promesa, podemos fallar fácilmente en nuestra fe. Otra idea es que existe permanente la tentación de que el pueblo se comporte como alguien más. Por esta razón, no solo tienen que ser vigilantes, sino también deben elegir a Dios y no a los dioses humanos.

Este texto nos ayude a entender mejor el Evangelio de hoy en cual los apóstoles afirman su confianza en Jesús, mientras otros se revelan porque dijo que él era el pan de vida que había bajado del cielo.

En primer lugar, el Evangelio dice que cuando algunos discípulos oyeron estas palabras de Jesús, se sobresaltaron y se escandalizaron. Pero, Jesús insistió diciendo que ellos podrían ver más allá. A pesar de todo, la carne no se aprovecha, ya que sólo el Espíritu da vida. Por supuesto, sus palabras son espíritu y vida.

Cuando algunos de sus discípulos lo oyeron así, se echaron para atrás y dudaron en andar con él. Entonces Jesús les preguntó a los demás si quieren dejarle también. Pero Pedro contestó de parte del grupo, que no tenían que ir a ningún otro lugar, porque él tiene palabras de vida eterna. Por eso, creen en él y se convencen que él es El Santo de Dios.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Lo primero es la crisis de la Eucaristía. Cuando muchos de los discípulos de Jesús se sobresaltaron y consideraron que su modo de hablar fue intolerable, expresaban la crisis en la que estaban

Recordamos que hasta entonces Jesús había sido popular, tanto que la gente quiso hacerlo rey. Pero por haber dicho que era el pan de vida que había bajado del cielo, de repente, todo cambió. Ese fue un momento de crisis, pero se trata de una crisis alrededor de la persona de Jesús que está en el centro de la Eucaristía.

Esta crisis no es algo del pasado, sino que sigue sucediendo en el presente. Por ejemplo, algunas personas no creen en la verdadera presencia de Jesús en la Eucaristía. Existen también algunos que creen en su presencia en la Eucaristía, pero no permiten que Jesús esté presente realmente en su vida y en lo que hacen.

Cuando hay una desconexión entre recibir la Eucaristía y lo que hacemos el resto del día, hay crisis. Otras personas tal vez reciben muy bien la Comunión, pero de repente construyen las barreras que les impiden transformar su vida.

Cada vez que hacemos algo así y que la Eucaristía no tiene ningún impacto en nosotros, no nos diferenciamos de los que escuchaban a Jesús, pero se resistían a confiar en él y en su palabra de que era el pan de vida. Al final, el resultado es muy simple: hacemos de Jesús el prisionero del tabernáculo; lo recibimos aquí; lo adoramos aquí, pero al mismo tiempo, lo abandonamos aquí como una joya cerrada en una caja fuerte.

¿Podemos resolver esta crisis? Claro que sí. ¿Cómo? Simplemente renovado continuamente nuestra fe en Jesús en la celebración de la santa misa. Por eso, nunca podemos acercarnos a Jesús sólo por el exterior, sino desde dentro, en la fe. Como el propio Jesús dice, “El Espíritu es quien da la vida; la carne para nada aprovecha. Las palabras que les he dicho son espíritu y vida”. Este es el círculo de la vida espiritual: recibimos el Espíritu cuando abrimos nuestros corazones al mensaje de Jesús, y el Espíritu, por su parte, nos conduce a Jesús y a la profundización del mensaje de Jesús.

El segundo punto que quiero señalar es la importancia de la madre Iglesia. Quiero formular este pensamiento alrededor de las palabras de Pedro: ¿“Señor, ¿a quien iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”. El contexto de estas palabras es muy importante. De hecho, estas palabras vienen en el momento muy crítico de la crisis, cuando algunos discípulos abandonaron a Jesús. Entonces, Pedro sintió que no tenía sentido para abandonar a Jesús, debido a la verdad que él había encontrado.

Ese contexto parecido al actual, al contexto en que vivimos y en el que la Iglesia esta desacreditada e injuriada debido al abuso sexual y a muchas otras cosas. ¿Algunas personas sólo nos dicen: “Por qué no abandonan ustedes la Iglesia”? Nos quedamos en la Iglesia, no porque sea perfecta o porque tenga las respuestas a todas nuestras preguntas, sino porque hemos encontrado en ella la verdad de Jesús que está en su esencia más que las faltas y las limitaciones humanas.

Pero al mismo tiempo, permanecer en la Iglesia es un desafío que tenemos que afrontar cada día viviendo según los valores del reino de Dios. Por eso, sería un error tomar nuestra pertenencia a la Iglesia como algo concedido. Tenemos que renovarnos continuamente en el ejemplo de los judíos a los que Josué invitó para renovar su alianza con Dios. Recemos, entonces, por que Dios nos ayude a confiar en él y a renovar nuestro compromiso con él. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Josué 24, 1-2. 15-17; Efesios 5, 21-32; Juan 6, 60-69



Fecha de la Homilía: el 26 de Agosto, 2012

© 2012 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20120826homilia.pdf